

XXV

Dió principio el último acto donde ocurren las principales escenas del drama. En él Pésaro despierta poco á poco los celos en el alma del crédulo moro hasta que, engañándole con cruel y mañosa calumnia, precipita el trágico desenlace. La importancia de mi papel me obligaba, pues, á fijar en él toda su atención apartándola de las impresiones recientemente recibidas. Durante mi primera escena con Otelo, advertí que Máiquez, inquieto y receloso dirigía sus miradas al joven Mañara, sentado muy cerca del escenario; á causa de la ansiedad de su alma, el gran histrión desatendía impensadamente la representación. A veces algunas de mis frases se quedaban sin réplica; también suprimía él bastantes versos, y hasta llegó á trabarse su expedita lengua en uno de los pasajes donde acostumbraba hacerse aplaudir más. El auditorio estaba descontento, pues aunque conocía las genialidades de Isidoro, no creía natural que se permitiera tales descuidos en una representación de confianza y amistad, verificada ante lo más selecto de sus admiradores. El silencio reinaba en la sala, y sólo un sordo murmullo de sorpresa ó enfado aëgia los versos, mal sentidos y friamente dichos por el príncipe de nuestros actores.

Mas se esperaba verle repuesto en la segunda escena entre Otelo y Pésaro. Este, urdiendo muy bien la trama que ideó contra Edelmira su diabólica astucia, adquiere al fin las pruebas materiales que Otelo exige para creer en la infidelidad de la veneciana. Aquellas pruebas son una diadema entregada por Edelmira á Loredano, y cierta carta que su padre le obligó á firmar, amenazándola con matarse si no lo hacía. Ni la entrega de la diadema, ni la carta firmada por fuerza, eran pruebas que ante la fria razón comprometerian el honor de la esposa de Otelo; pero éste, en su ciego arrebato y salvaje impetuosidad, no necesitaba más para caer en la trampa.

Antes de comenzar esta escena, y hallándome entre bastidores, oí á los concurrentes quejarse de la torpeza de Isidoro; y alguno achacó este efecto, no al gran autor, si no á mí, por haberle irritado con mi destestable declamación. Esto me ofendió, y creyéndome autor del deslucimiento de la pieza, resolví hacer todos los esfuerzos de que era capaz para arrancar algun aplauso.

Mi ama, como he dicho, dirigia la escena; indicaba las entradas y salidas, cuidando de entregar á cada actor los objetos de que debía hacer uso durante la representación. Dióme la diadema y la carta y salí en busca de Otelo, que estaba solo en las tablas concluyendo su monólogo. Entonces esperé aquella grandiosa escena, que es patética, sublime y arrebatadora aun después de haber sido tamizada por el romo ingenio de D. Teodoro La Calle.

—¿Sabes tú padecer?—

le dije; y al punto Isidoro, mirándome sombríamente, repuso;

—Me han enseñado.

—Y sin agitación—dije yo,—¿el triste aviso de un infortunio grande escuchar puedes?

—Hombre soy—

respondió con calma.

Continuó el diálogo, y parecia que Isidoro recobraba todo su genio, pues los versos, inspirados por el recelo y la ansiedad, le salían del fondo del alma. Cuando dijo:

¡Infiel! ¡La prueba necesito!
¡Con que dámela luégo!

me apretó tan fuertemente la muñeca, y sus rabiosos ojos me miraron con tanta furia, que perdí la serenidad, y por un instante, los versos que seguían á aquella demanda huyeron de mi memoria. Pero no tardé en reponerme: le di la diadema, y poco después la carta.

Mas en el momento en que vi en sus manos el fatal papel, un súbito estremecimiento sacudió todo mi sér, y me quedé, mudo de espanto. En el color y en los dobleces del papel, en la forma de la letra, que distinguí claramente cuando él fijó en ella la vista, reconocí la carta que Lesbia me había dado en el Escorial para Mañara, y que después mi ama sustrajo de mis ropas al llegar á Madrid.

Otelo debía de leer en voz alta la carta, que según el drama decía: «Padre mío: conozco la sinrazón con que os he ultrajado. Vos solo tenéis derecho de disponer de vuestra hija--*Edelmira*.» Pero el pliego que la picara Pepa había hecho llegar á sus manos, decía: «Amado Juan: te perdono la ofensa y los desaires que me has hecho; pero si quieres que crea en tu arrepentimiento, pruébamelo viniendo á cenar conmigo esta noche en mi cuarto, donde acabaré de disipar tus infundados celos, haciéndote comprender que no he amado nunca, ni puedo amar á Isidoro, ese salvaje y presumido comiquillo, á quien sólo he hablado alguna vez deseando divertirme con su necia pasión. No faltes, si no quieres enfadar á tu--*Lesbia*.

«P. D.—No temas que te prendan. Primero prenderán al

«Rey.»

Ocurrió una cosa singular. Isidoro leyó el papel en silencio; sus labios secos y lívidos temblaron, y como si aún creyera que era ilusión lo que veía, lo leyó y relejó de nuevo mientras el público, ignorando la causa de aquel silencio, mostró su asombro en un sordo murmullo. Isidoro al fin alzó la vista, se pasó las manos por la frente; parecía despertar de un sueño; balbuceó algunas voces terribles; cerró los ojos, como tratando de serenarse y reanudar su papel; dió algunos pasos hacia el público y retrocedió luego. Los rumores aumentaron; el apuntador le llamó repitiendo con fuerza los versos,

hasta que al fin Isidoro se estremeció todo, su semblante se encendió vivamente, cerró los puños, agitó los brazos, golpeó el suelo, y declamó los terribles versos siguientes:

Mira: ves el papel, ves la diadema;
pues yo quiero empaparlos, sumegirlos,
en la sangre infeliz y detestable,
en esa sangre impura que abomino.
¿Concibes mi placer, cuando yo vea
sobre el cadáver, pálido, marchito,
de ese rival traidor, de ese tirano,
el cuerpo de su amante reunido?

Jamás estos versos se habían declamado en la escena española con tan fogosa elocuencia, con tan aterradora expresión. El artificio del drama había desaparecido, y el hombre mismo, el bárbaro y apasionado Otelo, espantaba al auditorio con las voces de su inflamada ira. Un aplauso atronador y unánime estremeció la sala, porque nunca los concurrentes habían visto perfección semejante.

Después, las facciones del moro se alteraron; su rostro palideció, oprimióse el pecho con ambas manos, y su voz, trocando el áspero tono desgarrador y patético dijo:

Las recias tempestades
el viento anuncia con terrible ruido;
el rayo con relámpagos avisa
su golpe destructor, y los rugidos
del león su presencia nos advierten;
mas la mujer con ánimo tranquilo
y aparentes halagos nos destroza
el corazón cual pérfido asesino.

Nueva explosión de entusiastas aplausos. Las mujeres lloraban, algunos hombres no podían conservar su entereza, y lloraban también. La concurrencia estaba estremecida, atónita, electrizada, y cada cual, suspensa y postergada su propia naturaleza, vivía momentáneamente con la naturaleza y las pasiones de Otelo.

La representación seguía: fuese Otelo, cambió de escena y apareció la cámara de *Edelmira*. Entre tanto, todos me preguntaban la causa de la turbación y desasosiego de Isidoro; mas yo no sabía qué responder.

Entre bastidores le buscamos con inquietud; pero no le po-

diamos ver por ninguna parte, ni nadie se daba razón de dónde pudiera encontrarse. Edelmira dijo los versos de su monólogo con extraordinaria sensibilidad: no cesaba de mirar á Maraña, y la vanidosa coquetería de sus ojos parecía decir: «¡qué bien represento!» mientras el afortunado amante, embecido en contemplarla, parecía contestarle: «¡qué guapa estás!»

Y así era. Lesbia estaba encantadora, con los cabellos sueltos sobre la espalda y el ligero vestido blanco, que le ceñía el cuerpo indolente. Entró luego Hermancia, la fiel amiga, y Edelmira le contó sus tristes presentimientos. ¡Qué tono tan melancólico y dulce tenía su voz al expresar el temor de una muerte funesta! ¡Cuán grande interés despertaba su pena! Aunque yo había visto muchas veces la misma tragedia, dentro de la escena y había perdido toda ilusión, en aquella noche sentía un terror inexplicable, y me conmovía la suerte de la infeliz é inocente Edelmira.

La esposa de Otelo, ansiando desahogar la sofocante angustia de su pecho, toma el harpa y entona la canción de Laura al pie del sauce. cuyos lastimeros quejidos son la voz de la misma muerte. Edelmira, á quien Manuel García había enseñado la hermosa estrofa, cantó con dulce y poética expresión. Su voz parecía que nos penetraba hasta los huesos, y nos hacía estremecer con horripilante escalofrío, como el contacto de una hoja de acero.

Cesó la canción y sonó la tempestad en el interior del teatro. El público estaba tan impresionado que ni siquiera aplaudía. Acostose Edelmira y todo quedó en profundo silencio. Otelo debía aparecer, y en el breve momento en que estuvo la escena muda, profundísimo silencio reinaba en la sala. Yo creí sentir el palpitar de los corazones; pero sólo escuchaba las oscilaciones del mio. La más ardorosa inquietud se había apoderado de mí, y miré en torno buscando una persona de confianza á quien comunicar mis recelos; pero no ví sino el pálido semblante de mi ama, que se esforzaba en reír, diciendo:

—¡Qué bien ha hecho Lesbia su papel! Me confieso derro-

ada, pues representa mil veces mejor que yo. Pero ahora verán ustedes á Isidoro. Esta noche está más inspirado que nunca.

Observé á Máiquez que ya decía los primeros versos de la escena junto al lecho de la veneciana. Su rostro aparentaba una serenidad meditada. Cuando alzó las cortinas del lecho y dijo con voz calmosa:

No... tú no morirás... ¡cuánto realzan
su hermosura estas lúgubres antorchas!

un rumor confuso surgió del apiñado auditorio; lloraban casi todas las mujeres, y los hombres se esforzaban en sostener el decoro de la insensibilidad. Otelo acerca su rostro al de Edelmira, y dice con extasiado amor:

¡Con qué pureza respirar la siento!
¡Qué poderoso hechizo es el que arrastra
mi persona á la suya con tal fuerza?

Edelmira despierta con sobresalto. Otelo disimula al principio, mas luego no oculta el objeto que le trae, y Edelmira, aterrada y confusa, jura que es inocente. Nada convence al terrible moro, que mudando de improviso la expresión de su fisonomía, exclama con ferocidad y descompuestos ademanes:

Mírame, ¿me conoces... me conoces...?

El auditorio se estremeció de terror. Algunas señoras se desmayaron, y oyéron voces acongojadas que decían: «Piedad, piedad para Edelmira... es inocente... ese infame Pésaro tiene la culpa... que traigan á Pésaro.»

Isidoro sacó el papel y lo mostró con fiero ademán á Lesbia, quien lanzó un grito terrible, sin decir los versos que correspondían en aquel momento. Otelo se acercó más á Edelmira, y Edelmira hizo un movimiento para saltar del lecho. Se le habían olvidado los versos; pero al fin, dominando un poco su turbación, recordó algo el diálogo, y el diálogo siguió así:

EDELMIRA ¿Y qué quieres decirme?

OTELO

EDELMIRA ¿Pero á qué?

OTELO

Este acero os lo señala.

Diciendo esto, Isidoro desenvainó la daga: en lugar de la

hoja de madera plateada, vimos brillar en su mano una reluciente hoja de acero. La conmoción fué general entre bastidores. Lanzóse Edelmira del lecho con precipitación y azoramiento, y recorrió la escena gritando como una loca: «¡Favor, favor.... que me matan!.... ¡Al asesino!»

No puedo pintaros lo que fué aquel momento en la escena y fuera de ella. Los espectadores de primera fila trataron de subir al escenario en el momento en que Lesbia, perseguida por Isidoro, fué asida por el vigoroso brazo de éste. En el mismo instante, no pudiendo contenerme, me y abalancé hacia la dama como impulsado por un resorte, abracéme estrechamente á ella. El puñal de Isidoro se levantó sobre mí. La presencia inesperado de una víctima extraña, hizo sin duda que el moro volviera en sí de súfuriosa obcecación; conmoviose todo; pareció que un velo se descorría ante sus ojos, arrojó el puñal, quiso recobrar su aplomo, pronunció algún verso tremendo clavando sus manos en mí, como si yo fuera Edelmira; ésta, desprendiéndose de sus brazos, cayó al suelo desmayada, y al punto nos vimos rodeados de multitud de personas. Todo esto pasó en unos cuantos segundos.

XXVI

El escenario se llenó de gente. Lesbia, alzada al instante del suelo, fué objeto de los más solícitos cuidados. Al poco rato desvaneciése su desmayo. abrió los ojos, y dijo algunas palabras. No tenía lá más ligera lesión; y todo había concluido sin más consecuencias que las del susto. Su palidez y la alteración de su semblante eran extraordinarias; pero aún había entre los circunstantes una persona más alterada y más pálida: era mi ama.

Isidoro parecía embrutecido y avergonzado. Transcurrió media hora, y cuando fué indudable que no había ocurrido la desgracia que se temía, entablóse una discusión muy viva sobre aquel acontecimiento, que la mayoría de los presentes consideraba bajo el punto de vista artístico; y era opinión de muchos que exaltado hasta un extremo de delirio el genio artístico de Máiquez, se identificó con su papel de un modo perfecto.

—Pues lejos de ser este el camino de la perfección artística— dijo Moratin,—lleva derecho á la corrupción del gusto, y extinguirá en las ficciones el decoro y la gracia, para confundirlas con la repugnante realidad.

—Ni eso es representar, ni eso es nada—dijo Arriaza que,

como es sabido, detestaba á Isidoro.—Desde que ese caballero introdujo aquí la escuela francesa, ha corrompido el arte de la declamación.

—Nunca he visto á Máiquez tan apasionado y fogoso—indicó un caballero que se unió al grupo.—Me parece que en la escena ha pasado algo extraño á la comedia.

Otro joven acercó sus labios al oído del primero, y por un rato le habló en voz muy baja. Después á los cuchicheos siguieron las risas. Pasó Mañara no lejos de allí, y todos fijaron la vista en él.

—Bien se explica la ferocidad de Isidoro—dijo uno.

—Hasta aquí—añadió Moratín, —siempre se le ha visto contenerse dentro del límite de las conveniencias escénicas.

—Me acuerdo de cuando Isidoro era un pedazo de hielo—dijo Arriaza.—En el teatro no le llamaban sino el *mar-molillo*.

—Es verdad—repuso Moratín.—Pero cuando volvió de París vino muy corregido, y no puede negarse que es un actor de gran mérito. En lo patético no tiene igual; en lo trágico suele carecer de fuego: pero esta noche lo ha tenido con exceso.

—Le he tratado bastante—dijo un tercero. —Es hombre de pasiones enérgicas. Como actor consumado, comprende bien que el arte es una ficción, y representando no deja nunca de ser comedido y decoroso. Esta noche, sin embargo, le hemos visto tal cual es.

Otro personaje se acercó al grupo.

—¿Qué le ha parecido á usted, señor duque, el desenlace de la tragedia?—le preguntó Arriaza.

—¡Magnífico! Esto se llama representar—contestó el marido de Lesbia.—Parecía aquello la misma realidad. Pero no consentiré que mi esposa salga otra vez á la escena. Representa demasiado bien y entusiasmo y trastorna á los actores que la acompañan.

Un abanico tocó el hombro del señor duque: volvióse éste, y Amaranta entró en el corrillo. Todos la saludaron, disputándose á porfía el honor de dirigirle la palabra. Ella habló así:

—Bien dije á usted, señor duque, que no había nada que temer. Un exceso de inspiración dramática y nada más.

—El exceso es malo en todo: yo creí que la duquesa iba á perecer á manos de Isidoro por un exceso de inspiración.

—Además—dijo Amaranta,—quizás alguna causa que no conocemos. . .

Al decir esto, me pareció que los pies de la hermosa dama habían tocado algún objeto arrojado en el escenario. Apartóse ella vivamente, apartáronse todos, y las faldas de Amaranta, al deslizarse por el piso, dejaron ver un papel arrugado. Como si aquel papel fuese un tesoro de inestimable precio, Amaranta bajose á cogerlo, y después de mirarlo rápidamente lo guardó en su bolsillo,

—¿Alguna causa que no conocemos? . . .

—Si contestó la dama;—y me parece que puedo sacarle á usted de dudas . . . Pero tengo que ir al cuarto de la González. Allí le aguardo á usted y hablaremos.

Quedaron solos los hombres otra vez. La marquesa atravesó la escena preguntando por Isidoro.

—Será posible—decía,— que no pueda representarse *La venganza del Zurdillo*? ¡Pepa! . . . ¿Pero dónde está Pepa?

Esta pregunta se dirigió á mí, y al instante marché en busca de mi ama. No estaba en su cuarto, y sí en el de Máiquez, quien una vez pasada la excitación del terrible momento, se esforzaba en aparecer tranquilo y hasta risueño, aunque era fácil conocer que la rabia no se había extinguido en su pecho.

—¿Qué broma tan pesada, Isidoro!—dijo la marquesa asomándose á la puerta.—Aún no me he recobrado del susto.

—Es verdad, señora—dijo el actor;—pero la señora duquesa tiene la culpa, por la perfección con que ha hecho su papel. Su incomparable talento tuvo el dón, no sólo de transportarla á ella, sino de transportarme á mi mismo á la esfera de la realidad. Jamás me ha pasado cosa igual desde que piso las tablas. Un actor inglés, representando en cierta ocasión á Otello, mató á la cómica que hacía de Desdémona. Esto me parecía inverosímil; pero ahora comprendo que puede ser verdad.

—¿No se suspenderá *La venganza del Zurdillo*?

—Por ningún caso. Hace falta reír un poco, señora marquesa.

Retírose ésta, y después que salieron algunos amigos de Máiquez, que le acompañaban, el actor quedó solo con mi ama y conmigo.

—Ven acá—me dijo el actor, apretándome vigorosamente el brazo. ¿Quién te dió aquella carta?

Señalé á mi ama.

—Fui yo—dijo ésta.—Quería que conocieras el corazón de Lesbia.

—¿Por qué no me la diste en otra parte? Me has puesto al borde del abismo; he estado á punto de cometer un crimen. Mi furor fué tan grande cuando leí aquel papel, que lo olvidé todo; y aunque en el instante en que estuve fuera de la escena procuré serenarme, mi cólera se encendió más, y... ya sabes lo que pasó. Cuando la ví en la escena final quise contenerme; pero sus miradas, su acento, me irritaban cada vez más, y sentí en mí una crueldad, una ferocidad que nunca había conocido. Recordaba sus tiernas promesas, sus apasionados arrebatos de amor, su falsa sencillez, y por un momento creí que hasta era un deber castigar á aquel monstruo de falsedad é hipocresía. Cuando saqué el puñal y advertí que era una hoja de acero, experimenté un placer increíble. ¡Ay, Pepa! ¡Qué momento! No sé cómo no la maté, no sé cómo en aquel instante no me perdí y me deshonré para siempre. Si Gabriel no se hubiera abrazado á ella cubriéndola con su cuerpo, creo que á estas horas... no lo quiero pensar.

—A estas horas—dijo mi ama,—estarías llorando sobre el cadáver de tu amante, herida por tu propia mano.

—No, Pepa, no; ya no la amo. La lectura de la carta ha ahuyentado de mí todo sentimiento amoroso: ya no tengo para ella más que un desprecio, una repugnancia de que no puedes formar idea. Me espanto de haber amado á semejante mujer. Pero dí: ¿fuiste tú quien trocó el puñal de teatro por la hoja de acero?

—Sí; yo fui.

—¿Luego tú—exclamó con asombro,—lo preparaste todo? ¿Qué interés, qué intención...?

—¡La aborezco con toda mi alma!

—¿Y quisiste hacerme instrumento de un crimen! Hace poco hablabas de tu venganza. ¿Por qué aborreces á Lesbia?

—La aborrezco porque... porque la aborrezco.

—¿Y no te remuerde la conciencia de un sentimiento que te lleva hasta el crimen?

—¡La conciencia!... ¡Un crimen!—dijo mi ama con cierta enajenación; y después, ocultando el rostro entre las manos, empezó á llorar amargamente, exclamando:—¡Oh! ¡Dios mío, qué desgraciada soy!

—Pepa, ¿qué tienes? ¿qué es eso?—dijo Isidoro sentándose junto á ella, y apartándole las manos del rostro.—Pero tú... Con que tú... De modo que tú...

Dieron golpes en la puerta, y una voz dijo: «El sainete que va á empezar el sainete.»

El aviso no distrajo á los dos actores. Pepa seguía llorando é Isidoro lleno de asombro.